catequizado, y á quienes mi mano ha distribuido por primera vez el Pan consagrado, conservándolos puros, castos y agradecidos á vuestros dones. Bendecid á estos penitentes á quienes mi ministerio ha absuelto, fomentando en sus corazones el espíritu de fe, de penitencia y de amor. Bendecid á estos esposos cuyo enlace yo he bendecido, haciendo que su union sea siempre pura, pacífica y dichosa. Bendecid en fin á todos los que componen esta parroquia, haciéndolos dichosos en el tiempo y bienaventurados en la eternidad: *Et nunc commendo vos Deo.*

Adios, pues, mis caros niños, á quienes he dado las primeras lecciones de la virtud y del santo temor.... adios: sed la alegría del nuevo párroco, así como habeis sido la mia. Adios, juventud cristiana, á quien tantas veces he mostrado el peligro de los placeres mundanos.... adios: nunca olvideis que la castidad y la discrecion son el más bello ornamento de vuestra edad. Adios, padres y madres, á quienes la Providencia ha confiado la educacion de los que son la esperanza de la Iglesia.... adios: educadlos de modo que con el tiempo vengan á ser vuestra alegría y vuestra gloria. Adios, pobres, cuya miseria he procurado aliviar segun mis facultades.... adios: tened siempre presente que la tierra no es nuestra patria, y que la verdadera dicha no se disfruta sino en el cielo. Adios, grandes propietarios, á cuyo apoyo soy deudor del órden que constantemente he logrado mantener entre mis parroquianos.... adios, continuad siendo los amigos del párroco, los protectores del pobre, los modelos de la poblacion. Adios, en fin, todos..... adios: vivamos de modo que, despues de una corta separacion en la tierra, logremos reunirnos eternamente en el cielo. Amen.

MISA NUEVA.

DISCURSO I.

Consideracion que se debe al sacerdote católico.

Honorifica sacerdotes. (*Eccli.* VII, 33.)

Plácenos, nuevo sacerdote, veros subir por primera vez al altar santo á fin de ejercer el acto más sublime de vuestro augusto y sagrado ministerio: plácenos, nuevo Melquisedec, ser espectadores del primer sacrificio que ofreceis á Dios, presentándole por ofrenda, no ya el pan y el vino en su estado natural, sino convertidos en el cuerpo y en la sangre de su unigénito Hijo: plácenos, nuevo Aaron, presenciar cómo por primera vez vais á hacer correr sobre esa ara y en remision de nuestras culpas, no ya la sangre del toro ó del cordero, sino la del Hijo del Altísimo, que por nuestro amor la vertió en el Calvario. Sí, nos place veros revestido de tanto honor, elevado al órden sacerdotal, y hecho ministro del Rey inmortal é invisible que vive y reina en los siglos de los siglos.

¡Oh, cuántos corazones rebosan hoy júbilo y alegría! Alégranse vuestros señores padres, porque recogen el precioso fruto de la esmerada educacion que os dieron desde vuestros primeros años: alégrase toda vuestra parentela, porque tiene á grande honor el que un miembro de su familia esté consagrado,

cual otro Samuel, al servicio de los altares: alégranse vuestros amigos, porque reputan por gran dicha estar enlazados amistosamente con un individuo de la nueva tríbu de Leví: alégranse vuestros catedráticos y directores, porque habeis llenado sus esperanzas, correspondiendo á los desvelos con que han procurado cultivar en vuestro espíritu la ciencia juntamente con la virtud.

Y no creias que se limite á estos la alegría que causa vuestra promocion al sacerdocio: se alegra tambien el clero, porque adquiere en vos un nuevo auxiliar, que le ayudará á promover la gloria de Dios y la salud de las almas: se alegra el justo, porque espera hallar en vos un sabio y discreto director de su conciencia: se alegra el pecador, porque confia tendrá en vos un médico caritativo que curará sus llagas: se alegra el ignorante, porque presume encontrará en vos un ilustrado maestro que con toda paciencia y doctrina, le enseñará la senda de la felicidad eterna. En fin, y por decirlo todo en pocas palabras, alégrase toda la Iglesia triunfante, porque tendrá en vos un nuevo pregonero de sus glorias: alégrase toda la Iglesia militante, porque tendrá en vos un celoso defensor de sus derechos: alégrase toda la Iglesia purgante, porque tendrá en vos un constante mitigador de sus penas.

Y cuando, puede decirse, el universo entero toma parte en esta fiesta de familia, ¿podemos nosotros dejar de admirar la gran dignidad de la persona que la motiva? Mirémosla con alguna detencion, y desde luego comprenderemos habérsenos muy justamente mandado honrarla, venerarla, hacerla objeto de nuestra mayor consideracion y respeto: *Honorifica sacerdotes.*

Si la miramos en sí misma, la hallaremos digna de toda nuestra consideracion, porque es altísima: si la miramos con relacion á la humanidad, la veremos merecedora de todo nuestro aprecio, porque es benéfica: si la miramos en órden á los deberes que le son inherentes, la hallaremos acreedora á todos nuestros respetos, porque es penosísima. Así voy á demostrarlo contando con el auxilio de la gracia.

Al proponerme manifestar la consideracion que merece el sacerdote católico, he ya previsto que mi celo puede parecer interesado, y que quizás haya quien sospeche que me dejo llevar de la inclinacion que naturalmente tiene todo hombre á engrandecer su propio estado. Pero esta prevision ¿debe imponerme silencio? no, porque alimento la esperanza de hacer comprender la verdad á todos los hombres rectos é imparciales, y desvanecer las preocupaciones de cuantos combaten al sacerdocio, si no es ya que lo hagan por el solo placer de combatirlo. Ademas, cuando se nos pinta como hipócritas que explotamos en provecho nuestro la credulidad pública, cuando se consigna en mil impresos que somos enemigos sistemáticos del bien de la humanidad, cuando por todos los medios imaginables se procura concitar contra nosotros la aversion, el rencor, el odio de las masas populares, ¿no será permitido á un sacerdote hacer un esfuerzo, ó siquiera una tentativa, para ver si consigue que su clase recobre la consideracion que por tantos títulos merece, y que nunca perderá sino para desgracia y ruina del mismo pueblo? Yo creo hablar á un auditorio bastante desapasionado y justo para reconocer la verdad donde quiera que aparezca, y en esta suposicion entro confiadamente á probar que el sacerdote es digno de la mayor consideracion, en primer lugar por razon del sublime ministerio que ejerce.

Dos cosas debeis distinguir en el sacerdote, procurando mucho no trocarlas ni confundirlas: la persona y el carácter, el hombre y la dignidad. Prescindid de todo lo que es personal y

humano, y parad únicamente la atencion en lo que es propio del órden y del ministerio: ¿hay cosa más sublime? ¡Ah! al más ínfimo de todos cuantos sacerdotes hay en la Iglesia de Dios se podrian aplicar aquellas memorables palabras de un santo: *Praetulit te Deus regibus et imperatoribus: praetulit te Angelis et Archangelis; praetulit te ipsi Matri suae.* Dios os ha levantado sobre todos los reyes y emperadores de la tierra, os ha honrado más que á todos los Angeles y Arcángeles del cielo, y lo que parece increible, os ha concedido facultades que no concedió á su misma augusta Madre.

Y en efecto; ¿cuál de estos tiene el poder del sacerdote, aun el ménos recomendable por su poca ciencia y virtud? Los reyes y emperadores lo tienen para demoler pueblos, sujetar provincias, fundar nuevos y dilatados imperios; pero ¿lo tienen para perdonar los pecados, como los perdona el sacerdote, aun el más indigno, con solo levantar la mano y proferir estas sencillas palabras: *Ego te absolvo?* No, de seguro: la reina Victoria con sus formidables escuadras, Luis Napoleon con sus aguerridos ejércitos, el autócrata de las Rusias con sus dos millones de bayonetas no alcanzan á tanto: *Praetulit te regibus et imperatoribus.* Los Angeles y los Arcángeles lo tienen para dar salud corporal á los enfermos, como Rafael la dió á Tobías; para revelar á los mortales los secretos de Dios, como Gabriel los reveló á María; para derrotar al demonio en batalla campal, como Miguel derrotó á Lucifer: pero ¿lo tienen para curar las enfermedades del alma y derribar el trono que Lucifer ha levantado en el corazon de muchos, como lo hace el sacerdote cuando bautiza, enseña y predica? No, otra vez: sus facultades no llegan á esto: *Praetulit te Angelis et Archangelis.* María santísima lo tiene, por la eficacia de sus ruegos, para trastornar los elementos, cambiar el curso de la naturaleza y crear un

nuevo órden en el mundo; pero ¿lo tiene para obligar al Hijo de Dios á encarnarse en sus manos, como le obliga el sacerdote con solo pronunciar cinco palabras sobre el pan? No: sus méritos casi infinitos, su incomprensible dignidad de Madre de Jesucristo no le dan facultad para tanto. *Praetulit te ipsi Matri suae.* Pregunto ahora: ¿es digno de consideracion un mortal que se halla revestido de poderes tan ámplios, de facultades tan extaordinarias? Cuando no lo sea por su personalidad, siempre lo será al ménos por su carácter.

¿Qué digo? lo es tambien por el bien incalculable que la humanidad reporta de su ministerio; porque, preciso es confesarlo, la humanidad es deudora al sacerdocio de todo cuanto posee de más útil y apreciable. Antes que todo le debe la instruccion. No quiero hacer alarde de lo que ha hecho en favor de las ciencias y de las artes: sobre esto solo me permitiré decir que si el sacerdocio no hubiese dado á luz pública sus escritos, él seria el único depositario de las ciencias, y los seglares que con razon ó sin ella se titulan sabios no serian más que unos pobres ignorantes. Pero no hablo de la instruccion literaria, que si la hemos fomentado, ha sido como sabios más que como sacerdotes: hablo de la instruccion religiosa que damos al pueblo por razon de nuestro ministerio.

Nosotros enseñamos al pueblo la ciencia más útil y necesaria á la sociedad, á la familia y al individuo, cual es la de conocer, amar y servir á Dios. ¿Qué seria del pueblo sin esta ciencia? ¿Qué idea se formaria del Autor de todas las cosas, de la Providencia, de la vida futura y otros dogmas fundamentales, sin cuyo exacto conocimiento son imposibles las virtudes domésticas, políticas y sociales? Privese al pueblo del verdadero conocimiento de Dios, padre comun de todos los hombres; de su providencia, llena de amor, bondad y dulzura; de la vida veni-

dera, feliz para los buenos y desgraciada para los malos; y ya no tendreis ni obediencia en los súbditos, ni rectitud en los superiores, ni fidelidad en los casados, ni pudor en las mujeres, ni probidad en los comerciantes, ni humanidad en los ricos, ni resignacion en los pobres.

Pero esta ciencia, se me dirá, pudiera tambien enseñársela un filósofo..... ¿Un filósofo quereis dar al pueblo por maestro de religion? ¿y qué le enseñará este maestro filósofo? Si es impío, como puede muy bien serlo, le enseñará que Dios, la Providencia y la vida futura son entidades mitológicas que no tienen existencia ni realidad: le enseñará que nuestra alma no es más que una materia algo mejor organizada que la comun, y que el hombre no es más libre en sus acciones que la piedra en su descenso y la planta en su produccion: le enseñará que la distincion entre el vicio y la virud es quimérica; que en el fondo son una misma cosa, y que no hay que temer castigos por el uno, como ni esperar recompensas por la otra. ¡Qué bellas doctrinas estas para formar súbditos obedientes, magistrados justos, padres humanos, hijos buenos, esposas fieles, amigos sinceros, comerciantes honrados!.....

Demos que este filósofo, por salvar las buenas apariencias, ahogue en su corazon sus propias convicciones, y hable al pueblo de Dios, de Providencia, de eternidad, de deberes, de vicio y de virtud: ¿en nombre de quién le hablará?..... ¿qué títulos le presentará para acreditar su mision y su doctrina?... El pueblo podrá preguntarle: ¿Quién te envía? ¿en nombre de quién nos hablas? ¿dónde tienes tus credenciales? ¿qué seguridad nos das de que no eres un impostor? ¡Qué diferencia entre un filósofo puesto en su cátedra y un sacerdote puesto en el púlpito evangélico! Este se presenta revestido de un carácter todo sagrado, apoyado en la Escritura, en la tradicion y en

la autoridad de todos los siglos: habla al pueblo en nombre de Dios que le envía y en nombre de la Iglesia que le ha investido de sus poderes; y el pueblo escucha dócil su doctrina, no como doctrina de un hombre, sino como palabra indefectible de Dios mismo; y esta palabra es una luz que le guía, un freno que le contiene, un apoyo que le fortalece.

Pero ¿es este el único bien que la humanidad reporta del sacerdocio? Algunos que se titulan amigos del pueblo le verian con gusto desaparecer de entre nosotros; pero ¿cómo no advierten que juntamente con él desapareceria todo cuanto hay de más consolador para la humanidad doliente? Vosotros veis que apénas hay institucion humanitaria de la que el sacerdocio no haya sido el autor, no sea como el alma y no prometa ser el regulador constante. Esos establecimientos públicos de beneficencia, donde se acoge el enfermo, el huérfano y el demente, ¿á quién los debeis? Al sacerdocio.

Esas piadosas asociaciones que recientemente se han formado, unas para proporcionar instruccion literaria y religiosa á las últimas clases del pueblo, como la *Escuela dominical*; otras para llevar socorros á las familias á quienes la vergüenza obliga á ocultar su miseria, como la de *san Vicente de Paul;* otras para moralizar la juventud contaminada con vicios tan grandes como precoces, como la *catequística*, ¿quién las ha ideado? ¿quién las ha puesto en planta? ¿quién las sostiene? El sacerdocio. Esas nuevas congregaciones de doncellas cristianas que, bajo diferentes denominaciones, se consagran cuál al servicio de los hospitales, cuál al consuelo de las familias menesterosas, cuál á la instruccion de las niñas pobres, ¿quién las ha proyectado? ¿quién las dirige? ¿quién las alienta? El sacerdocio. Quitad á esas instituciones el impulso moral que reciben de los ministros del altar, y las vereis desaparecer al momen-

to. ¿Qué quieren, pues, nuestros eternos detractores, esos que no cesan de llamarnos enemigos sistemáticos del bien de la humanidad? ¿pretenden acaso inspirar al pueblo un odio tal contra nosotros, que suspire porque llegue el dia de ver decretado nuestro total exterminio? Pero si este dia llegase, ¿con qué suplirian ellos nuestra falta? ¿qué sustituirian á nuestra mision humanitaria? ¿su filantropía? ¡Oh pueblo! líbrete el cielo de ser entregado á los cuidados de la filantropía filosófica....

Cuando el sacerdocio no mereciese consideracion alguna por el bien que hace á la humanidad, deberia al ménos merecerla en atencion á los sinsabores, disgustos y amarguras que hoy dia le acompañan. El mundo, acostumbrado á juzgar de los objetos por las apariencias exteriores, suele mirar al sacerdote como un hombre enteramente feliz, á quien ninguna pena asalta, á quien ninguna inquietud perturba; y por esto cuando ve á algun jóven nuevamente revestido de la dignidad sacerdotal, se apresura á llenarle de parabienes y felicitaciones, creyendo que ha entrado en una carrera en la que todo son gozos, satisfacciones y delicias. ¡Dichoso vos, le dice, que, consagrándoos al servicio de los altares, habeis hallado esa vida tranquila, deliciosa y cómoda que en vano buscariais en otra parte!..... ¡Qué no pueda yo, mi caro hermano, usar con vos del mismo lenguaje!..... ¡que no pueda predeciros tambien dias tranquilos y serenos, y pronosticaros una dicha inalterable!..... Pero no puedo hablaros en este estilo, y si lo hiciese, responderia muy mal á la confianza con que me habeis honrado. Antes cúmpleme advertiros que vais á comenzar una tan larga série de penas, angustias y amarguras, que tal vez durará tanto como los dias de vuestra vida.

Para dar á estas mis palabras toda la formalidad de que son susceptibles, ¿necesito otra cosa que exponer con sus verdaderos colores la situacion de un sacerdote celoso en medio del presente siglo? ¿Cómo un sacerdote animado del espíritu de Dios y deseoso del bien de sus hermanos ha de ver, sin sentirse hondamente angustiado, á infinitas almas entregadas á todas las frivolidades terrestres, y frecuentemente esclavas de toda suerte de vicios? ¿cómo ha de mirar, sin que el corazon se le despedace, el templo casi desierto, el culto poco ménos que olvidado, los Sacramentos profanados por un gran número, indignamente abandonados por otro número todavía mayor? ¿cómo ha de ver, sin que el espíritu se le cubra de la más desoladora tristeza, la Religion toda entera despreciada, escarnecida y á veces insultada por sus propios hijos, por aquellos mismos á quienes ella ha educado en su seno, alimentado con su doctrina, y santificado con sus Sacramentos? ¿Puede el sacerdote ser dichoso, viendo cada dia desvanecerse todo de un golpe sus esperanzas mejor fundadas, perderse en un instante todo el fruto de sus largos y penosos trabajos, quedar sin efecto y sin resultado sus más grandes cuidados y esfuerzos? ¿Puede vivir satisfecho, teniendo que estar en contínua lucha con los enemigos de todo bien, los cuales, no contentos con suscitarle mil obstáculos que le desconciertan los planes mejor concebidos y paralizan todo su ministerio, le toman á él mismo por blanco de sus incesantes críticas, murmuraciones y calumnias? Dígaseme si puede ser feliz un sacerdote que se ve precisado á pasar gran parte de la vida en el más triste ocio, porque no halla ya apénas ni quien le ocupe en el confesonario, ni quien le oiga cuando predica, ni quien vaya á pedirle nada de lo que es propio de su ministerio: dígaseme si es digno de consideracion un ministro de Dios que, deseando vivamente ser útil á sus hermanos, no puede hacerles ningun bien,

porque los aparta de su persona á unos el más degradante respeto humano, á otros la más damnable indiferencia, á otros la más injusta prevencion.

Pues ved aquí, mi caro hermano, la suerte que os está reservada, la porcion que habeis elegido, la senda que vais á correr. El cuadro es verdadero, la pintura es exacta y fiel, el dibujo no tiene una pincelada de más. ¿Debe su vista ser para vos un principio de amilanamiento y pusilanimidad? Todo lo contrario, hermano carísimo, debe reanimar vuestro fervor é inflamar más vuestro celo: debe comunicaros una santa intrepidez para seguir las pisadas de vuestro modelo Jesucristo, quien amó ser despreciado, perseguido y maldito de los hombres por amor de los hombres mismos: debe haceros más fervoroso y perseverante en la oracion, más asíduo y constante en el trabajo, más puntual y exacto en el cumplimiento de vuestros altísimos y sagrados deberes. Y Dios oirá vuestra oracion propicio, Dios bendecirá vuestros trabajos benigno, Dios premiará vuestros sufrimientos misericordioso.

Y para que esto se cumpla, une, pueblo fiel, tus fervientes votos y oraciones á las mias, y presentémoslas juntas al trono de Dios en favor del nuevo celebrante. Es un hombre revestido de los poderes más grandes, un hombre destinado á promover tu mayor bien y felicidad, un hombre sentenciado á pasar una vida toda llena de disgustos y pesares. Hónrale, ámale, séle agradecido; pero ruega tambien mucho por él, pide tambien fervientemente á Dios le haga un sacerdote santo, un digno ministro suyo, un fiel dispensador de sus misterios, un celoso defensor de la verdad, un sabio maestro de los pueblos, un caritativo médico de los pecadores, un discreto director de las almas. Amen.

DISCURSO II.

Sublimidad del sacerdocio.

Posui te in lucem gentium, ut sis in salutem. (*Act.* XIII, 47).

Hay en el mundo una persona que ha sido autorizada para consagrar el cuerpo adorable de Jesucristo, ofrecerle en sacrificio á Dios Padre, y distribuirlo á los fieles por alimento de sus almas: y ¡cosa asombrosa! esta persona no es algun Santo, no es algun Angel, no es María santísima..... es el sacerdote: *Hoc facite in meam commemorationem.* (1) Hay sobre la tierra un hombre á quien el mismo Hijo de Dios ha dicho: "Como el Padre me envió, así tambien yo te envío..... recibe el Espíritu Santo: á los que perdonares los pecados, perdonados les son; á los que los retuvieres, les son retenidos.—Vé, pues, y enseña á todas las gentes:" y ¡cosa admirable! este hombre enviado por el Hijo de Dios, revestido del Espíritu Santo, honrado con la altísima mision de santificar las almas y enseñar al mundo, no es algun príncipe, no es algun rey, no es algun emperador..... es el sacerdote: *Sicut misit me Pater, et ego mitto vos .... Accipite Spiritum Sanctum: quorum remiseritis peccata, remittuntur eis; quorum retinueritis, retenta sunt.* (2)—*Euntes ergo docete omnes gentes.* (3) Hay sobre la tierra un hombre que, siendo el medianero entre el cielo y la tierra, se presenta diariamente al pié del trono del Eterno, le expone los votos y necesidades de su pueblo, y en virtud del sacrificio agradable que ofrece le obtiene todo género de gracias, favores y bendiciones: y ¡cosa pasmosa! este hombre no es

1 Luc. XXII, 19.
2 Joan. XX, 21, 22 et 23.
3 Matth. XXVIII, 19.